

público más bien que al Directorio, á quien las dirigía, en las que llega al extremo de amenazar al Cuerpo Legislativo. «Hablo, decía, en nombre de ochenta mil soldados. El tiempo en que abogados cobardes y miserables charlatanes hacían guillotinar á los soldados ha pasado, y si á ello se les obliga, los soldados irán á la explanada de Clichy con su general; mas entonces, ¡desgraciados de vosotros!». Agobió al gobierno de Berna con cartas amenazadoras, hasta que obtuvo la expulsión de Mallet del Pan, autor de todos sus disgustos. Ahora creyó descubrir, aunque también se equivocó, cuál era el motivo de las vacilaciones de Austria. «Los realistas, influidos indudablemente por el extranjero, se agitan en París para crear dificultades á las negociaciones», escribía á Klarke. Bajo este supuesto, seguro de que la resistencia por parte de Austria cesaría así que el Directorio acabase con la oposición de los Consejos, esperaba la respuesta de Thugut con más impaciencia que nunca, resuelto, si era menester, á resolver la cuestión con la espada, fuese en Viena, fuese en París.

La carta de Bonaparte satisfizo á la mayoría del Directorio, Rewbell, Barras y Reveillere, que sólo veían, en los ataques de los Quinientos, manejos realistas contra la Constitución y la República é inclinábanse á desbaratarlos con la fuerza. Carnot no creía en semejante peligro, y aconsejaba la concordia con los Consejos. Este repúblico circunspecto y humano, á quien circunstancias extraordinarias habían llevado ayer á aceptar la solidaridad del más implacable de los gobiernos, estaba firmemente resuelto á no encontrarse otra vez en posición semejante, y profundamente convencido de que la República estaba perdida si se apartaba de nuevo de las vías legales. No daba á los conspiradores realistas la importancia que sus colegas, y abrigaba la seguridad de que los medios legales bastaban para defender el régimen. Y Carnot tenía razón. Considerable grupo de liberales, republicanos los unos y los otros monárquicos, pero unánimes todos en el deseo de conservar la Constitución, estaban dispuestos á unirse al partido dictatorial, con tal que el gobierno emprendiese de buena fe el restablecimiento del orden y de la seguridad. Pero Rewbell, Barras y Reveillere, conocidos ya con el nombre de triunvirato, temieron perder el poder si abandonaban la política terrorista y comenzaron á mirar como traidores á Carnot y Barthelemi. Ya el veinticuatro de Junio habían escrito colectivamente á Bonaparte conjurándole á sostenerles, y ahora, alentados por la que recibieron del General, resolvieron aprovechar la primera ocasión para dar un golpe de fuerza. «Esto cambia, decía Rewbell, ó pierdo la cabeza». — «Estas rencillas, exclamaba Reveillere, sólo pueden dirimir las el sable y el cañón». La ocasión no tardó en presentarse. Ni el Directorio ni el general Hoche habían desistido de la expedición contra Irlanda, cuyo fracaso atribuían al tiempo y á la deficiencia de los recursos. Hoche estuvo de secreto en La Haya, para activar el armamento de la flota bátava, y vuelto á su cuartel, separó del ejército del Sambre una división de doce mil hombres, destinada á formar el núcleo de las fuerzas



UNA CONFERENCIA DE MADAME STAEL, HIJA DE NECKER
TOMADA DE UN GRABADO DE SU TIEMPO

expedicionarias y que, por Reims y Chartres, había de trasladarse de Colonia á Brest. En marcha la división, Hoche se le adelantó viniéndose á París, para conferenciar con Truguet. Conmovidó á la vista del peligro con que los realistas amenazaban á la República, en una entrevista que tuvo con el diputado demócrata Marbot, se mostró dispuesto á sostener á la mayoría del Directorio trayendo á París, si fuese menester, las tropas que marchaban á Brest. Excelente parecióle la idea á Barras, que celebró con Hoche varias conferencias, quedando convenido el golpe de Estado. ¿Cómo Hoche, que se había conducido en la Vendée con tanta prudencia, templanza y respeto al orden, pudo prestarse á ser instrumento de un golpe de fuerza? Porque, revolucionario sincero, perdía la cabeza cuando veía en peligro á la Revolución. Viviendo en medio de los ejércitos, sin observar de cerca y día por día la situación política, sus ojos se clavaban en una sola figura, la horrible figura del traidor Pichegru, el mortal enemigo suyo y de la República, irguiéndose á la cabeza de una Asamblea reaccionaria. Por confidencias y correspondencias interceptadas, había sorprendido el plan de los agentes de Luis XVIII, consistente en impedir por todos los medios que renaciesen el orden, la tranquilidad y el crédito; difamar para con el público al que hubiese participado de la Revolución; invadir todas las funciones electivas disfrazándose de republicanos moderados, hasta que pudiesen arrojar la máscara y restablecer la monarquía. Este plan veíalo Hoche ejecutarse punto por punto, y no dudaba de que se llevaría en breve á término cumplido. Por la imprudencia y ceguera de los reactores que se juntaban á los realistas, Hoche atribuía á estos más fuerzas de las que realmente tenían. Así se explicó que aquel general tan amigo de la legalidad, tan opuesto á las dictaduras militares, como nos enseña todo lo que nos queda de él, se decidiese á emplear la fuerza contra la mayoría del Cuerpo Legislativo, no sin haber pasado antes por mortales angustias, cuyas huellas impresas están en su biografía, escrita inmediatamente después de su muerte por uno de sus amigos, Rousselin de Saint-Albin.

Después de reflexionarlo bien, se reconoció que el proyectado golpe de Estado era prematuro. Como de costumbre, no había dinero, y sin dinero ¿cómo alimentar las tropas de Hoche? Tampoco se contaba con los ministros que forzosamente habían de intervenir en el acto—los de policía, de la administración y de la guerra—Cochon, Penezech y Petiet, amigos íntimos de Carnot. Separar á estos ministros, he aquí lo primero de todo. La ocasión convidaba. Precisamente en estos instantes, los constitucionales pedían la modificación del ministerio, aunque en opuesto sentido; pedían que se reemplazase á los cuatro ministros más radicales, Rames, Merlin, Truguet y Delacroix, como condición para entenderse con el Directorio. Para una modificación ministerial trabajaba también á Barras la hija de Necker, madama Staël, que, al abandonar la monarquía, había tomado el puesto de madama Rolland. Admiraba al general Bonaparte por la grandeza que había dado á Francia, y consideraba al Directorio como muro contra la reacción. En su casa se daban cita los